

# LA VICTORIA ARREBATADA '98 EN LA CONCIENCIA NACIONAL CUBANA

György KUKOVECZ

**H**ay acontecimientos históricos que dejan profundas huellas en la memoria colectiva de las naciones, y, más aún, ejercen influencia significativa, en ciertos casos casi determinante, sobre el desarrollo de la conciencia nacional. La guerra que se terminó en la tierra de Cuba en el verano de 1898 pertenece a esta categoría de los hechos históricos.

Y hay acontecimientos históricos, sobre todo puede incluir entre estos los conflictos internacionales, guerras, disputas de frontera y luchas por la independencia nacional de los pueblos colonizados, que perdurablemente tienen valoraciones divergentes, frecuentemente opuestas, en la historiografía de las naciones que fueron una vez participantes del conflictivo acontecimiento. La guerra que se terminó en tierras cubanas en el verano de 1898 pertenece eminentemente a esta categoría de los hechos históricos.

¿Pero cómo tenemos que llamar la guerra que se terminó en la Isla de Cuba en el verano de 1898? La respuesta es difícil. La cuestión de terminología es un terreno muy pantanoso en este caso. Las denominaciones y nociones usadas por la historiografía de los participantes de la guerra cubana reflejan más los intereses nacionales, y en este sentido la importancia del acontecimiento en la conciencia nacional, que las exigencias científicas. Si intentamos usar una definición correcta, algo que se puede expresar la esencia del conflicto, inmediatamente tenemos que enfrentarnos con una confusión de denominaciones que refleja no solamente simples diferencias de terminología, sino, en cierto sentido, concepciones antagónicas, también.

En la historiografía y en la conciencia nacional cubana, igualmente, la guerra que se terminó en 1898 es para siempre la segunda gran lucha por la independencia, una

epopeya nacional, la Guerra de Independencia (siempre con iniciales mayúsculas) de la nación cubana contra la dominación colonial de España, iniciada por José Martí en los comienzos de 1895. La guerra entre España y los Estados Unidos, según este concepto, es solamente la última y "mal llamada" fase de la Guerra de Independencia (1895-1898).

En contrario, la mayoría de historiadores españoles hasta los últimos tiempos no reconocía que la guerra en Cuba era un conflicto entre dos naciones diferentes. La concepción predominante, siguiendo la tradición reaccionario del pensamiento político ibérico, consideraba el movimiento independentista cubano solamente como insurrección de subditos españoles, una rebeldía que España hubiera podido aplastar militarmente o pacificar con medios políticos si los Estados Unidos no interviniera en el conflicto. Hay que mencionar que la historiografía española producía en los últimos tiempos un salto cualitativo lo que se refiere la valoración de los acontecimientos cubanos. Las obras más recientes ya analizan sin parcialidad la doble cara de la guerra cubana y reconocen que la última guerra colonial de España en América era, de otro punto de vista, lucha de independencia de una nación que, a pesar de tener raíces hispánicas, era ya diferente de la nación española.<sup>1</sup> Esta nueva tendencia de la historiografía española ya no considera la derrota militar como un desastre fatal sino llama la atención que el fin del colonialismo español en América resultaba, en largo plazo, ciertos ventajas para España: la liberación del lastre colonizador creaba la posibilidad de un nuevo entendimiento y colaboración entre los países hispánicos en base de sus raíces comunes culturales, lingüísticas, un pasado común y la igualdad de naciones.

El punto crítico de la disputa terminológica, donde chocan las opiniones de historiadores, es el uso e interpretación del término técnico "*guerra hispano-americana*". Esta denominación, aceptada no solamente por la historiografía española y norteamericana, sino, en general, por la historiografía internacional, también, expresa bien el carácter internacional de la fase última de la contienda cubana. Pero, por bien o por mal, hiere la sensibilidad nacional cubana porque niega no solamente la importancia de la lucha cubana por la independencia, sino, también, la participación militar activa del Ejército Libertador cubano en esta última fase de la guerra.

Para resolver la contradicción terminológica algunos historiadores cubanos proponían ya en los años 1940 que la denominación apropiada, fiel a la realidad histórica, de esta última fase de la Guerra de Independencia, fuera "*guerra hispano-cubanoamericana*"<sup>2</sup>. Según este concepto la terminología podría expresar la continuidad entre la guerra independentista y el conflicto internacional y acentuaría adecuadamente la importancia de la participación cubana en las operaciones militares terrestres del ejército norteamericano. Pero esta solución tampoco resultaba ser eficaz. No tomando en cuenta algunos casos aislados, como, por ejemplo, es la obra del historiador norteamericano Philip S. Foner<sup>3</sup>, ni la historiografía internacional, ni la cubana aceptaba la mencionada proposición.

En el transcurso de tiempos aparecían algunas tentativas curiosas de interpretar la denominación y reconciliar las concepciones opuestas. Una de estas se puede observar en el manual representativo de historia de la llamada "república neocolonial", en la *Historia de la nación cubana* de diez tomos, publicado, bajo la dirección de Ramiro Guerra y Sánchez y otros historiadores dirigentes de la época, en 1952. El autor del capítulo que se trata sobre la guerra hispano-americana, Juan J. Remos, no oculta su descontento por la imperfección de la terminología pero, a pesar de esto, lo acepta porque, según su opinión, la palabra *americana* se refiere ya en sí mismo a los dos participantes americanos, cubanos y estadounidenses. Como él escribe "En Cuba la ofensiva comenzaba ahora, el 21 de junio, de acuerdo con el plan trazado por el General Calixto García. Se abría el proceso de una serie de acciones que denominamos Guerra Hispano-Americana a secas, sin incluir epíteto especial que responda a la participación cubana, porque ya la envuelve el calificativo "americana", puesto que de América eran, tanto los que combatían bajo la bandera cubana, como los que la hacían bajo la de Estados Unidos."<sup>4</sup>

Son muy diferentes, naturalmente, las huellas e impresiones que la guerra dejaba en la memoria de las naciones interesados en esta lucha, también. En los Estados Unidos la victoria ligera sobre España y, en consecuencia, el ingreso del país en el concierto de las grandes potencias reconocidas, despertaba un orgullo nacional enorme en 1898, y se iba a ser muy popular, no sólo en la opinión pública, sino entre los historiadores, también, la frase calificativa de John Hay según cual la cruzada cubana fue una *pequeña guerra espléndida* (splendid little war). Aunque la importancia de esta guerra para el nacionalismo norteamericano disminuyó mucho en el transcurso del siglo XX, y no es ya un fuente significativa del orgullo nacional como fue en las días de la victoria sobre España, en los manuales de historia sigue viviendo la frase inventada por John Hay.

También ha menoscabado mucho la importancia de 1898 en España, la potencia derrotada en la guerra hispano-americana. En 1898 muchos contemporáneos aceptaron sin reservaciones la propaganda oficial que la derrota militar y la pérdida de la perla de las Antillas y otras colonias ultramarinas era un desastre fatal, desafortunado e injusto. El desastre, esta noción indistinta pero genial estaba conveniente para ocultar la responsabilidad de los círculos dominantes y, simultáneamente, expresaba cierta consternación popular. Muchos intelectuales, como, por ejemplo, los representantes de la llamada generación del 98, reconocieron que no se trataba de una simple derrota militar sino de una crisis nacional más profunda, de los problemas fundamentales del arcaico régimen político y social, y apresuraban un análisis completo de la crisis y la modernización del país. Esos intentos modernizadores, aunque no fueron vanos, no alcanzaron sus fines renovadores en aquellos tiempos y, puede ser, por eso tenía que enfrentarse España con otras crisis, más profundas que fue la del año del desastre, en nuestro siglo. Con experiencias más amargas del siglo XX en la memoria colectiva, que fueron las del año del desastre, la España del

centenario ya no considera que el año 1898 fuera tan determinante del destino español como lo suponían los contemporáneos.

Al observador ajeno del centenario de la guerra *hispano-cubano-americana* parece que el año 98, junto con sus consecuencias, determinaba más profundamente el destino histórico de Cuba, escenario principal de este conflicto colonial e internacional. En la memoria colectiva del pueblo cubano '98 sigue guardando su importancia simbólica: es el año de la victoria y la desilusión, un punto neurálgico de la conciencia nacional. Y la paradoja del desarrollo histórico cubano es que en el centenario la nación la enlazan más sentimientos positivos con su antiguo enemigo que con su antiguo, aunque no deseado, aliado.

La formación de la nación cubana era un proceso largo y muy complejo pero es indudable que el período decisivo que forjaba la integración nacional se desarrolló en la segunda mitad del siglo XIX, en la época de las luchas contra la dominación española. Antes, en su fase primitiva de formación, el naciente nacionalismo cubano identificaba la nación exclusivamente como una comunidad de criollos blancos, españoles nacidos en Cuba. La segunda mitad del siglo XIX significaba un cambio cualitativo en la desarrollo de la identidad nacional cubana. Gradualmente, en consecuencia de la crisis económica y política del antiguo régimen esclavista y las exigencias de las guerras independentistas, tomaba cuerpo la idea que la nación cubana tiene que ser una integración de blancos y negros, criollos libres y esclavos liberados. La lucha común creaba los primeros héroes nacionales, los éxitos y sacrificios comunes formaron una mitología nacional, la veneración de los víctimas creaba una martirología cubana. Todos estos momentos resultaron sumamente importante en la formación de la identidad nacional, completaban las condiciones ya existentes como, por ejemplo, era la tierra de la patria o la lengua común.. Las guerras por la independencia cubana promovían la integración nacional, la formación real y simbólica de la unidad de blancos y negros, con la creación de un concepto simple de enemigo que hizo posible la colaboración entre criollos blancos, fueran esclavistas o no, y la gente de color, esclavos en su mayoría en los comienzos de la lucha. El enemigo de la nación, naturalmente, no podía ser otro que el español, representante real y simbólico del poder opresor y esclavista. La pregunta fue en los fines del siglo pasado si el español se transformare en la conciencia nacional cubana en enemigo eterno, si se desarrollare un *complejo-"Erbfeind"* en la joven nación. Los acontecimientos de la Guerra de los Diez Años (1868-1878) demostraban que el peligro era real.

José Martí analizaba las relaciones posibles entre cubanos y españoles en muchas sus obras, escritas en el período preparativo de la Guerra de Independencia de 1895-1898. En pleno conocimiento de las experiencias de la Guerra de los Diez Años, entre ellas el odio mortal que la lucha había despertado en los adversarios, Martí hizo todo lo posible para prevenir que el español como tal, hubiera convertido en enemigo simbólico, irreconciliable de la nación cubana. En su *Manifiesto de Montecristi*, este

importantísimo documento de los comienzos de la segunda guerra de independencia, hizo claro que "La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía."<sup>5</sup>

El fin mínimo era la neutralización de la población española de Cuba — la esperanza máxima: obtener su colaboración. Martí declara en nombre de la revolución que las capas directivas de la lucha emancipadora cubana son limpias de todo tipo de odio y respetan al español neutral y honrado, igualmente, en la guerra y después de ella: "En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio;..."<sup>6</sup>

La idea martiana, en que se manifiesta un nuevo concepto de enemigo, era diferenciar entre pueblo y gobierno español y convencer a sus compatriotas, habitantes cubanos y españoles de la Isla, igualmente, que en realidad su enemigo es común, el gobierno inaplicable de España, y que la conquista de la libertad de Cuba es un interés común de todos los habitantes de las tierras cubanas. Para justificar esta idea el Manifiesto de Montecristi pone una pregunta retórica — "¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución?" —, muy típica del estilo de Martí, y después, analizando la situación de diferentes grupos sociales e instituciones, como por ejemplo el ejército, demuestra que, según su convicción, ni un grupo social, ni una de las instituciones españolas tiene reales intereses enemigos.

Según Martí ningún tipo de odio tiene base moral o política entre cubanos y españoles: "¿Ni con que derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes del pecho de sus hijos."<sup>7</sup>

No nos gustaría confundir las esperanzas y suposiciones ideológicas de José Martí con las realidades de la Guerra de Independencia. El fin del *Manifiesto de Montecristi* fue la legalización de la lucha independista y la creación de condiciones políticas e ideológicas favorables para ella. Pero, al contrario con los planes originales de Martí, la Guerra de Independencia era una contienda larga y dura, y no se limitó a las

confrontaciones militares de los dos ejércitos, sino se extendió sobre el pleno territorio de la Isla, tocaba toda la población y devastaba la economía. Bajo estas condiciones el concepto martiano de enemigo se podía abrir camino solo parcialmente, y fueron períodos cuando parecía que las relaciones cubano-españolas se empeoraran irremediabilmente. El desencadenamiento del odio mutuo, en parte, era consecuencia lógica de los métodos aplicados en una guerra sin frentes y batallas regulares: la hostilización permanente al enemigo y a sus posibles aliados, es decir: la población civil, y la destrucción de su base económico.

En un país, donde la decisión sobre la pertenencia nacional era básicamente cuestión de voluntad libre del individuo en aquellos tiempos, tenía especial importancia, junto a los campos de batalla, el otro frente, la propaganda que intentaba ganar los corazones y las opiniones. La propaganda española, por ejemplo, reanimaba el peligro de la guerra de razas, y para ganar "la gente buena" divulgaba que la insurrección cubana era obra solamente de unos cuantos negros, bandidos en su mayoría, con el auxilio de blancos miserables y sin influencia en el país. Mucha gente daba crédito a esas informaciones hasta cierto tiempo en la península ibérica y en la parte occidental de Cuba. Otro medio, frecuentemente usado por los jefes del ejército español y la prensa, estaba el engrandecimiento de los éxitos militares propios y el desprecio sistemático al otro lado, más simplemente: la falsificación de los boletines de guerra. Las posibilidades de la prensa separatista fueron más limitadas, la propaganda separatista era más vocal que escrita.

La opinión pública y el concepto popular sobre el enemigo se manifestaba mejor en las coplas, nacidas en gran número en ambos campos y cantadas en cafés, bodegas y casas particulares, que en la prensa. Algunos ejemplares de este tipo de poesía nos ofrecen un imagen sobre las características de la ideología popular.

En los comienzos de 1896 una canción popular, de autor anónimo, reflejaba la situación de la guerra y los anhelos cubanos en el modo siguiente:

"Martínez Campos creía  
que Cuba iba a ser de España,  
recorriendo la montaña con piezas de artillería.  
Y Maceo le decía:  
váyase usted a La Habana  
yo con mi tropa cubana  
y Máximo Gómez al frente,  
hago a Cuba independiente  
con pólvora americana."<sup>8</sup>

Mas tarde, en el verano de 1898, en la ciudad cercada por tropas americanas y cubanas de Santiago de Cuba, la musa popular resumió en esta forma la misión desafortunada del almirante Cervera:

"Aquí ha llegado Cervera  
con su escuadra sin carbón  
y en el Morillo lo espera  
el almirante Sansón"<sup>9</sup>

Otra copla cubana, en ritmo de rumba, hizo alusiones a las falsificaciones que caractericaban los boletines de guerra y, en general, las informaciones del frente publicadas en la prensa proespañola hasta, prácticamente, los fines de la guerra.

"Se mataron cien  
y quinientos más  
y por nuestra parte  
no hubo novedad.  
Tiritos aquí  
tiritos allá;  
y por nuestra parte  
un caballo muerto  
y sin novedad  
El corresponsal"<sup>10</sup>

Una copla vulgar y proespañola, divulgada cuando las tropas de Antonio Maceo acercaron a La Habana durante su campaña de invasión al occidente, intentó reforzar la confianza de los habitantes de la capital en el poder español:

"El que diga que Cuba se pierde  
mientras Covadonga sea dueño de aquí  
es un pillo, traidor, laborante,  
canalla, insurrecto, cobarde, mambí"<sup>11</sup>

Otra, más vulgar, manifestaba claramente el odio español hacia Antonio Maceo, el Titán de Bronce, y probablemente fue cantado exclusivamente por soldados peninsulares y voluntarios cubanos:

"Con las barbas de Maceo  
vamos a hacer escobas  
para barrer los cuarteles  
de las tropas españolas."<sup>12</sup>

El instrumento más brutal y odioso que utilizaban los españoles a fin de aplastar la insurrección, fue, sin duda alguna, la tristemente célebre Reconcentración que afectaba directamente la población civil, campesina, y causaba la muerte de miles. No es casual que su introductor, el Capitán General Valeriano Weyler, se había convertido en símbolo del enemigo en la conciencia nacional cubana, en una figura

demoníaca quién personifica todo lo que es malo en el carácter español. En la historiografía y la literatura cubana le califican epítetos invidiosos: "cruel", "sangriento", "carnicero", etc., y su obra, la Reconcentración está comparado con los campos de concentración de los nazis<sup>13</sup> o calificado como "sistema criminal empleado y desarrollado por los ejércitos yanquis en Viet Nam del Sur"<sup>14</sup>

No sólo el noble objetivo de la independencia o la situación militar hizo imposible la aceptación de la autonomía o cualquiera otra forma de colaboración por parte de los separatistas cubanos en los comienzos de 1898, sino, el envilecimiento de la contienda, también. La exacerbación de las relaciones entre los adversarios la demuestra bien la respuesta del Generalísimo Máximo Gómez, jefe del Ejército Libertador, al Capitán General Ramón Blanco quién, ya después de la declaración de guerra contra España por parte de los Estados Unidos, tuvo la curiosa idea de invitar a Gómez a colaborar con España frente a los americanos, tratando de reputar a éstos como enemigo común. Según el Capitán General, quién propuso una alianza formal y prometió armas, el problema cubano ha cambiado radicalmente. "Españoles y cubanos nos encontramos ahora frente a un extranjero de distinta raza, de tendencia naturalmente absorbente y cuyas intenciones no son solamente privar a España de su bandera sobre el suelo cubano, sino también exterminar al pueblo cubano, por razón de su sangre española." Gómez, en su respuesta, rechaza la idea de la raza ("Yo sólo creo en una raza: la humanidad; y para mí no hay naciones buenas y malas.") y declara que le asombra el atrevimiento del Capitán General a proponerle otra vez términos de paz porque "cubanos y españoles jamás pueden vivir en paz en el suelo de Cuba."<sup>15</sup>

Aunque durante toda la Guerra de Independencia, prácticamente hasta la terminación de la evacuación del ejército español, había amenazado el peligro que el odio mutuo, inducto por la guerra, se convertiría en enemigos irreconciliables a los cubanos y los españoles, el antiespañolismo cubano se evaporaba rápidamente en los comienzos del siglo XX y, gradualmente, se había desenvuelto un proceso de reconciliación entre las dos naciones. Después de los largos años de hostilidades el fenómeno parece sorprendente pero es un hecho histórico que la mayoría de la población española de la Isla no emigraba en el fin de la guerra, no seguía a los militares. Al revés, sucedió una inmigración masiva de españoles a Cuba en las primeras dos décadas de la era republicana y, no contando con algunos incidentes menores de carácter económico, cubanos y españoles podían vivir en paz en el país.

Muchos son los factores que jugaban cierto papel en la transformación de las relaciones cubano-españolas. Ante todo, con la cesación de la dominación colonial española se expiró la causa principal de la hostilidad política, los contactos personales y familiares habían vuelto en su curso normal. El desarrollo acelerado de la economía cubana, basado en el florecimiento de la monocultura azucarera que necesitaba más y más mano de obra, ofreció posibilidad favorable a los españoles inmigrantes de acomodarse en la sociedad cubana. Es cierto que en la formación de la nueva actitud



cubana hacia los españoles tenía importancia predominante la presencia de un peligro nuevo, la penetración norteamericana que se manifestaba en todas las esferas de la vida y, después de un corto período de incertidumbre y apatía política, provocó, ante todo en círculos intelectuales, reacciones de defensa. La defensa de la identidad nacional cubana había promovido la revalorización parcial del pasado hispano de Cuba, y, de otro lado, resultaba la transformación gradual del concepto de enemigo. En este proceso de reforzamiento de la identidad nacional tenía especial importancia la divulgación del ideario, antes poco conocido, de José Martí, la popularización de su concepto de enemigo, sus fines revolucionarios y antimperialistas.

Juan Gualberto Gómez, uno de sus amigos e íntimos colaboradores, analizando las causas de la desviación de la revolución de 1895, ya en 1902 llamó la atención que Martí nunca odiaba ni España ni al pueblo español, él consideraba como enemigo solamente el gobierno que no reconoció el derecho del pueblo cubano a la independencia. Esta diferencia esencial contenía *a priori* la posibilidad ideológica de reconciliación entre los dos pueblos después de adquirir la independencia cubana:

"Lo primero que se nota, cuando se examina el carácter de la propaganda de Martí, así cuando inició los trabajos para constituir el Partido Revolucionario como durante tres años en que, a su frente, dirigió la conspiración por la independencia, es el cuidado exquisito que lo mismo en sus palabras que en sus actos pone el propagandista incansable en despojar a la obra revolucionaria de todo aspecto de enemiga irreconciliable hacia el español y de odio a España. "Cuba debe ser libre; Cuba tiene derecho a ser independiente; Cuba ha llegado a la mayoría de edad y necesita emanciparse; la dominación de una monarquía vetusta no puede subsistir ya en una joven tierra americana, digna de gobernarse a sí misma": esas son afirmaciones en que se basa la razón de ser del Partido Revolucionario Cubano, que se lanza a la pelea al grito de ¡Viva Cuba libre!; pero que se abstiene, por reflexiva voluntad, de gritar como en otras ocasiones, ¡Muera España! La diferencia es esencial. En la proscripción de este grito, va envuelto el sentido de tida una política nueva. Ya no se trata de expulsar para siempre a los españoles de la Isla, ni de hacer de ella la eterna enemiga de España. Se trata de derrocar un régimen caduco, y nada mas, y para ello se procede de tal modo que sea posible hasta el concurso del propio español, al que se promete que la tierra redimida por el esfuerzo de sus hijos, será para todos los que habitan y quieren hacerla su patria."<sup>16</sup>

La argumentación de Juan Gualberto Gómez no simplificaba el ideario martiano al concepto de enemigo del Maestro, sino, puso de relieve sus raíces españoles y los rasgos característicos de su republicanismo, también, evocando la idea martiana de una república eminentemente latina, patria común de todos sus habitantes. El hecho que José Martí no fue solamente el líder político e ideólogo de la lucha contra la dominación española, sino, en el mismo tiempo, fue un *sui generis* escritor hispano quién conocía muy bien la cultura española y publicaba sus obras en castellano, ofrecía la posibilidad a los intelectuales cubanos durante el siglo XX de interpretar a

José Martí como el campeón máximo de la libertad cubana y, en el mismo tiempo, un amigo sincero del pueblo español, un representante sobresaliente de las relaciones culturales que ligan las dos naciones.

“Libertador sin ira se ha llamado a José Martí. Nada más cierto, ni más justo. El sentido amoroso de la vida es la clave profunda de la compleja y luminosa personalidad del impar cubano. Ni siquiera rezumó odios ni rencores para quienes ofendieron su tierna adolescencia y sojuzgaron implacablemente su patria. Supo discernir la raíz social de la ofensa y el substrato histórico de la opresión. Su apostólico combate no fue contra el pueblo español: fue, como ya precisé, contra la dominación colonial de España. Nadie, antes de él, se percató tan lúcidamente de esa dualidad, ni nadie, después de él, logró desentrañarla con tan singular limpidez. De ahí que, aun en la acritud de la batalla, tuviera para España, en su corazón traspasado, «un lugar todo Aragón, franco, fiero, fiel, sin saña». Y estimara, a la par, a quien de un revés echara por tierra a un tirano, fuera cubano o aragonés.<sup>17</sup> — dice Raúl Roa en 1953 en un ensayo, escrito con motivo del centenario de natalicio del Apostol de la libertad cubana, sobre el españolismo de José Martí. Es claro que lo que se refiere la interpretación del concepto de enemigo de Martí, Roa no sobrepasa la argumentación de Juan Gualberto Gómez. La novedad de su obra es el uso de la *teoría marxista de dos naciones* para justificar el españolismo de José Martí: “Dos Españas hubo entonces, como dos Españas coexisten hoy. La España de Martí fue la España de los comuneros de Castilla y la del siglo de oro, la de Fray Bartolomé de las Casas y Vasco de Quiroga, la de Nicolás Estévez y Federico Capdevila, la de su padre valenciano y la del gallego mambí. [...] La otra España —la dura, sombría y petrificada España de Felipe II — le fue radicalmente ajena, como le fue ajeno el México de Porfirio Díaz, la Venezuela de Guzmán Blanco y la Guatemala de Barrios. [...] “No es la España de José Martí esa que le ha erigido una estatua que auspició la república para sustituir el monumento irreverentemente consagrado a Cuba en la efigie de Machado por el dictador Primo de Rivera. Ni tampoco esa que ha plasmado, con farisaica intención, su radiante efigie en la Cripta de Don Quijote. La España de José Martí es que honra su genio y sacrificio por boca de Miguel de Unamuno, Fernando de los Ríos, Juan Ramón Jiménez, Benjamín Jarnés, Federico de Onís, José Gaos y Juan Larrea, figuras todas de la más alta jerarquía en el mundo de la cultura y espíritu todos creyentes en la libertad.”<sup>18</sup>

La interpretación de Raúl Roa, entonces, no deja dudas que Martí tenía proximidad espiritual no con la entera herencia cultural y política de España, sino solamente con sus tradiciones progresistas, y, en su época, sus aliados espirituales fueron los modernistas, los representantes de la llamada generación de '98.

El aspecto español es la cara gloriosa de '98 en la conciencia nacional cubana. Representa una lucha victoriosa por la liberación nacional que llena la memoria colectiva con héroes y mártires, poemas heroicos y anécdotas cariñosas. Las contradicciones y hostilidades, que caracterizaron los contactos de los dos países

durante la guerra independista, históricamente son admisibles, y, a pesar de algunas disputas de interpretación entre historiadores profesionales, ya hubieron perdido su importancia práctica en todas las esferas de las relaciones. Pero la otra cara de '98, su aspecto americano, es más complicado e inaceptable para el sentimiento nacional cubano.

Los Estados Unidos siempre, desde los comienzos de sus contactos con Cuba en la segunda mitad del siglo XVIII, había sido centro de atracción e impulsión para el país antillano. Sus habitantes, y, sobre todo, sus intelectuales, siempre habían observado el gran vecino del Norte con sentimientos ambivalentes. Su riqueza económica, el nivel de vida de sus habitantes, sus instituciones democráticas y la libertad del individuo siempre había inducido admiración, y había representado fines de alcanzar. Y su poder, la influencia económica y, más tarde, política de sus círculos dominantes siempre había animado miedos y rechazo. Esta ambivalencia de sentimientos hacia los Estados Unidos manifestaba bien claro entre 1895-1898, durante la última guerra de independencia de los cubanos.

Los precursores de la independencia cubana e importantes grupos de los líderes de las dos guerras de independencia aspiraron a contar con la generosidad y el apoyo de los Estados Unidos. Aunque conocían la teoría de "la fruta madura" y la línea política norteamericana respecto a Cuba, que en el siglo XIX oscilaba entre dos términos: o los Estados Unidos dominan la Isla o ésta permanece bajo la dominación española, muchos de ellos tenían confianza casi ciega en la generosidad del vecino norteamericano. No pocos de ellos fueron partidarios del anexionismo, tendencia predominante entre los grupos dirigentes de la Guerra de los Diez Años.

Martí, muy por el contrario, con un conocimiento minucioso de la historia y la vida cotidiana de la república vecina, del carácter de sus gobernantes, de la política desenvuelta por éstos en lo interno y en lo internacional, de las ambiciones sin límites de sus círculos económicos dominantes, de las virtudes y defectos de su pueblo, tuvo dudas y reservaciones muy decididas respecto a los Estados Unidos y señaló precisa y certeramente a sus compatriotas qué actitud convenía que adoptaran con la América anglosajona, durante la guerra revolucionaria por la independencia, primero, y después en la república. La esperanza de Martí era una victoria rápida de los insurrectos sobre el ejército español, no sólo a fin de minimalizar los sacrificios humanos y materiales, sino, también, prevenir e impedir que los Estados Unidos interviniera en los asuntos cubanos. Martí, como político sabio, en sus manifestaciones públicas, hechas ya después del desencadenamiento de la guerra independista, declaraba su fe en la buena voluntad de los Estados Unidos, acentuaba la similitud entre la lucha independista cubana y la americana del siglo XVIII, hizo alusiones a los deberes morales del pueblo americano pero no formulaba demandas concretas:

"Los Estados Unidos, por ejemplo, preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama,..." — escribe en

la carta dirigida al New York Herald, en que explicaba los objetivos de la revolución cubana. En otro lugar de la obra mencionada, Martí pone de relieve su idea preferida, muy utópica, que el establecimiento de la república independiente es una obligación del pueblo cubano con América y con el mundo porque ésta podría ser el centro del comercio libre para tres continentes. Lógico es que esta empresa heroica merece contribuciones: "A los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niega. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierre el interés español."<sup>19</sup>

La verdadera actitud martiana respecto a los Estados Unidos, como lo conocemos de su carta dirigida poco antes de su muerte a su amigo mexicano, Manuel Mercado, era otra: la famosa "*actitud de David*" que, más tarde, después de la victoria de los guerrilleros de Fidel Castro, se convirtió en la base oficial del antimperialismo cubano.

La verdadera misión latinoamericana para él era "...impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin." — escribe en la carta famosa. De verdad, este texto es más que una carta personal, lleno de confesiones; es un testamento político que demuestra claramente que Martí, mucho antes que la mayoría de los contemporáneos, reconoció el peligro significado por los Estados Unidos para Cuba y para América Latina.

Martí presintió que la penetración de los Estados Unidos a Cuba puede servir como uno de los posibles puntos de partida para una expansión más amplia en América Latina. En su ideario el rechazo de todas las formas posibles de la anexión y el establecimiento de la república independiente no es sólo la manifestación de la demanda justa de independencia de su nación, sino, también, es un instrumento de defensa de la otra América, la "Nuestra América".

"Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos — como éste de Vd. y mío — más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, — les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: — y mi honda es la de David."<sup>20</sup> [...] "La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas

fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana."<sup>21</sup>

José Martí, entonces, en los comienzos de la lucha armada consideraba que Cuba tenía *un enemigo inmediato pero dos peligros actuales*. El artículo ya mencionado de Juan Gualberto Gómez, defendiendo el ideario martiano en la situación nueva que resultaba la intervención y la ocupación norteamericana, puso de relieve estas características del ideario martiano: "Las dos grandes ideas directoras del movimiento de Ibarra y Baire fueron, pues, la de despojar a la Revolución de todo sentido de irreconciliable enemiga a España o a los españoles, y la de evitar en lo posible la intromisión de elementos de otra raza en una contienda que tenía por objeto crear una república latina más, y no acrecentar en América la influencia y el poderío de los sajones."<sup>22</sup>

Lo que se refiere la opinión de los otros dirigentes de la Guerra de Independencia, los líderes militares más sobresalientes — Antonio Maceo, Máximo Gómez, Calixto García —, sin conocimiento del contenido de su carta privada a Manuel Mercado, tenían la misma opinión que José Martí sobre los peligros que habían amenazado la independencia cubana, compartían, en líneas generales, su concepción de dos peligros. El más claro y explícito fue la opinión de Antonio Maceo: "De España jamás esperé nada; siempre nos ha despreciado y sería indigno que pensase en otra cosa. La libertad se conquista con el filo del machete; no se pide; mendigar derechos es propio de cobardes, incapaces de ejercitarlos. Tampoco espero nada de los americanos, todo debemos cifrarlo en nuestros esfuerzos; mejor es subir o caer sin ayuda, que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso."<sup>23</sup> — escribía a un amigo suyo en el verano de 1896.

Menos reservaciones tenían los dirigentes políticos de la lucha independentista, los miembros del gobierno de la llamada República en Armas y los de la representación en el extranjero, la Delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York. Aunque la historiografía cubana mencionarlo muy pudorosamente, según nuestra opinión es claro que la mayoría de ellos, y muy especialmente los miembros de la representación en extranjero, trabajaban no sólo para ganar la buena voluntad del pueblo y gobierno de los Estados Unidos, sino, también, hicieron todo lo posible para promover algún tipo de intervención, favorable al asunto cubano. En 1898, después de la Resolución Conjunta del Congreso norteamericano, que reconoció el derecho del pueblo cubano de ser libre pero no reconoció ni la beligerencia cubana ni las autoridades políticas de los insurgentes, la opinión dominante de los dirigentes la caracterizaba un optimismo moderado. Consideraban que la Resolución Conjunta y la declaración de guerra contra España de los Estados Unidos estableció una alianza de hecho entre cubanos y norteamericanos y pusieron el ejército mambí incondicionalmente, sin garantías formales, al lado del ejército norteamericano.

Aunque algunos, como por ejemplo Calixto García, tomaban en cuenta los peligros de la situación, el optimismo mencionado se manifestaba en declaraciones públicas y privadas, igualmente. Lo demuestra bien la Proclama de Bartolomé Masó, presidente de la República en Armas, publicada ya después de la declaración de la guerra por los Estados Unidos, en 28 de abril de 1898:

"La grandiosa Revolución iniciada por José Martí, el 24 de Febrero de 1895, está para triunfar con la magnánima ayuda de los Estados Unidos; nuestras armas, jamás vencidas por los españoles en tres años de luchas, pronto habrán conquistado la victoria." [...] "Armas, municiones y provisiones llegan para nosotros, de la patria de Washington y Lincoln. Unidos cubanos y americanos concluiremos con la dominación española en Cuba"<sup>24</sup>

Similar optimismo caracteriza la carta, ya mencionada, de Máximo Gómez al Capitán General Ramón Blanco: "...hasta el presente sólo he tenido motivos de admiración hacia los Estados Unidos. He escrito al Presidente McKinley y el Gral. Miles, dándoles gracias por la intervención americana en Cuba."<sup>25</sup>

La confianza de los dirigentes de la lucha independentista empezaba disminuirse en sus aliados norteamericanos solamente después de la ocupación de Santiago de Cuba, desde cuando una serie de incidentes entre los dos ejércitos, y, más tarde, entre los representantes políticos de la República en Armas y las autoridades de la ocupación norteamericana, despertaban dudas respecto a los intentos políticos futuros de los Estados Unidos.<sup>26</sup>

Pero la desilusión aun no resultaba una transformación inmediata del imagen de enemigo. La población recibía a los norteamericanos como libertadores. Según el historiador José Luciano Franco, testigo personal de aquella época, "el ejército americano fue bien recibido, contra todo lo que diga todo el mundo; porque el odio concentrado de Cuba desde años era contra los españoles; se tomó en ese momento por el pueblo como una cosa libertadora. Había, en comparación con España, un idealismo cubano, considerando al norteamericano el mejor del mundo."<sup>27</sup>

La base fundamental de cada clase de evaluaciones cubanas de '98 es la fuerte convicción que el pueblo cubano esencialmente ya ganaba la guerra sobre España cuando los Estados Unidos intervinieron. Bajo ese respecto nunca fueron significantes las diferencias de opiniones entre diversas tendencias intelectuales o políticas. La cuestión de principios siempre había sido la valoración del papel desempeñado por los Estados Unidos, y, sobre todo, la apreciación de sus intentos políticos en la guerra y durante los años de la primera ocupación de la Isla (1898-1902).

La tendencia conformista del pensamiento político cubano reconocía que los Estados Unidos desempeñaba un papel acelerativo en la conquista de la victoria y su actuación, a pesar de las dificultades innegables que surgieron en las relaciones cubano-americanas después de la guerra, al fin y al cabo, era la garantía de la independencia cubana. Este concepto se manifiesta, por ejemplo, en la *Historia de la nación cubana*, obra representativa del llamado período neocolonial:

“La guerra hispano-cubana (conviene subrayarlo) había avanzado mucho en favor de las armas cubanas, a pesar de la superioridad numérica de España, como puede apreciarse en otro lugar de esta *Historia*. Tarde o temprano Cuba vencería; y al mediar los Estados Unidos en la contienda, la lucha de los insurrectos había ganado para su causa ventajas materiales que permiten asegurar que de ningún modo puede afirmarse que sólo la acción norteamericana hubiera logrado la victoria sobre los ejércitos españoles; aunque es innegable que la precipitó, y que se obtuvo en mucho menos tiempo que en el que la hubieran alcanzado los mambises solamente con sus recursos.”<sup>28</sup>

Pero ya desde los comienzos del siglo XX había surgido una tendencia antimperialista, basada, en principio, en el antimperialismo martiano y, más tarde, en una amalgama de martianismo y marxismo, en el pensamiento político cubano que puso en duda la necesidad de la intervención norteamericana en la guerra y empezaba acentuar los fines imperialistas de los Estados Unidos con respecto a Cuba. Gradualmente tomaba cuerpo la idea que – según la frase famosa del historiador Emilio Roig de Leuchsenring – Cuba no debe su libertad a los Estados Unidos; que la historia republicana del país hubiera sido otra, si hubiéramos acabado solo su guerra de independencia; que la tragedia cubana es la gran curva de su historia: en el fin de su guerra libertadora pasó de la condición de colonia de España a la condición de colonia de Estados Unidos.

La época que tomaba comienzo en 1959 con la victoria de los guerrilleros de Fidel Castro y se caracteriza por el establecimiento de un régimen comunista en Cuba había resultado un período nuevo, aunque no sin antecedentes, en la evaluación cubana de '98. La ruptura de las relaciones con los Estados Unidos hizo fortalecer la concepción de la victoria arrebatada que había sido presente en la conciencia nacional ya desde los comienzos de nuestro siglo, y, simultáneamente, designando los nuevos acentos de la historia nacional, se había sucedido la transformación parcial del concepto de enemigo.

Para resumir los rasgos característicos de esta nueva interpretación de '98, sin citar los muchísimos discursos de Fidel Castro o la cantidad de artículos y libros, obras propagandísticas, históricas y literarias, cuales la habían seguido divulgando, basta recordar el punto de vista del primer congreso del Partido Comunista de Cuba [PCC] que, en 1975, hizo un análisis del camino histórico de la revolución y oficializó la concepción cubana sobre el año del desastre.

El punto de partida del discurso pronunciado por Fidel Castro en el congreso es que el pueblo cubano para cumplir su destino histórico, es decir: ser el primer país verdaderamente libre del hemisferio americano, “hubo de salvar obstáculos que en un tiempo parecieron invencibles.” Su historia es una historia continua de guerras y revoluciones coherentes por la independencia y la libertad, por las cuales tenía que enfrentarse ya durante su Guerra de Independencia con una potencia grande bajo condiciones muy difíciles: “Sin recursos, sin suministros, sin logística, con una población que apenas rebasaba el millón y medio de habitantes, el pueblo de Cuba

combatió trecientos mil soldados coloniales. España era entonces una de las primeras potencias militares de Europa."

El discurso de Castro repite la opinión dominante de la historiografía cubana que la intervención militar norteamericana no era necesario para asegurar la libertad de la Isla porque para 1898, cuando se produjo, los mambises prácticamente ya ganaron la guerra. "España estaba exhausta, sin recursos ni energía para continuar la guerra. El ejército español ya sólo controlaba las grandes plazas. Los revolucionarios dominaban todo el campo y las comunicaciones interiores. Muchos prestigiosos generales habían sido derrotados a lo largo de la contienda."<sup>29</sup>

Un principio de clave de este parte del discurso es la "*actitud de David*" y su contrapunteo, la activa hostilidad del monstruo del norte respecto de la libertad cubana.

Según Castro: "Esta batalla la libró el pueblo cubano con sus propias fuerzas, sin la participación de ningún otro estado latinoamericano, y con la activa hostilidad del gobierno de Estados Unidos contra el esfuerzo de los emigrados cubanos para suministrar armas a los combatientes. Sí tomaron parte activa en la lucha por nuestra independencia ciudadanos procedentes de otros pueblos hermanos, que vinieron por su propia cuenta a combatir por la libertad de nuestra patria. Símbolo de todos ellos fue el ilustre dominicano Máximo Gómez, que alcanzó el grado de General en jefe de nuestro Ejército. Bellas páginas de solidaridad internacionalista escribieron estos hombres en los campos de Cuba."<sup>30</sup>

Pero la lucha heroica no pudo conquistar la libertad. Según Castro: "En 1902 el país simplemente había cambiado de amo."<sup>31</sup> El único resultado de los sacrificios populares fue que "...la isla no pudo ser de inmediato anexada; se le concedió la independencia formal el 20 de mayo de 1902, con bases navales norteamericanas y con la enmienda constitucional impuesta, que entre otras cosas daba a Estados Unidos el derecho a intervenir en Cuba."<sup>32</sup>

La tesis oficial del primer congreso del PCC sobre la fundamentación, carácter y obra de la revolución cubana, basada en el discurso de Fidel Castro, formulaba la versión definitiva del concepto sobre la Guerra de Independencia y la significancia de '98: "Pero esta guerra, a pesar de las campañas victoriosas de las armas cubanas que condujeron a la derrota del colonialismo español y a un relativo paso de avance en nuestro proceso histórico, no culminó en la conquista de la verdadera independencia nacional ni, mucho menos, en la instauración de la república democrática y progresista por lo que pelearon nuestros mambises. La victoria le fue arrebatada a nuestro pueblo por la intervención del imperialismo norteamericano, cuyo peligro habían denunciado ya nuestros próceres más avizores, en primer lugar José Martí."<sup>33</sup>

Se ve que el primer congreso del PCC no completaba con elementos nuevos la concepción ya antes existente sobre la Guerra de Independencia, solamente la ponía en un contexto nuevo, fortaleciendo los acentos revolucionarios y antimperialista del destino cubano. Podría decir que resoluciones de partidos no pueden influenciar



profunda y duraderamente la conciencia nacional de un país. Es verdad. Pero la importancia de la resolución de 1975 se esconde en un hecho independiente de regímenes sociales y políticos. No sólo oficializaba, sino, también, reflejaba la profunda convicción popular e intelectual que el verdadero desastre de '98 sufría Cuba. El desastre de una victoria desafortunada, arrebatada e incompleta que es, a la vez, fuente de orgullo y tristeza para siempre.

## Notas

<sup>1</sup> Véase p. e.: LAVIANA CUETOS, María Luisa: *La América española, 1492-1898. De las Indias a nuestra América*. Historia 16. Temas de Hoy. Madrid, s. a. [1996], 136-138.

<sup>2</sup> Véase p. e.: MARTÍNEZ ARANGO, Felipe: *Cronología crítica de la guerra hispano-cubanoamericana*. Instituto Cubano del Libro, Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 1973.

<sup>3</sup> FONER, Philip S.: *La guerra hispano-cubano-norteamericana y el surgimiento del imperialismo yanqui*. t. I-II. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978.

<sup>4</sup> *Historia de la nación cubana*. Editorial Historia de la Nación Cubana, S. A., La Habana, 1952. t. VI, 435

<sup>5</sup> MARTÍ, José: *Antología Mínima*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1972., t. I, 180.

<sup>6</sup> Ibid., 183.

<sup>7</sup> Ibid., 184-185.

<sup>8</sup> FRANCO, José Luciano: *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973., t. III., 22.

<sup>9</sup> POUMIER, María: *Apuntes sobre la vida cotidiana en Cuba en 1898*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975., 127.

<sup>10</sup> POUMIER, María: *op. cit.*, 126-127.

<sup>11</sup> FRANCO, José Luciano: *op. cit.*, t. III., 27.

<sup>12</sup> FRANCO, José Luciano: *op. cit.*, t. III., 32.; véase aún: POUMIER, María: *op. cit.*, 128.

<sup>13</sup> *Historia de Cuba*. Dirección Política de las F.A.R., La Habana, 1968., 412.

<sup>14</sup> LE RIVEREND, Julio: *Historia de Cuba*. Editado por el Departamento de Orientación Revolucionaria del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1975., 104.

<sup>15</sup> *Historia de la nación cubana*, t. VI, 426-427.

<sup>16</sup> GÓMEZ, Juan Gualberto: La revolución del 95: sus ideas directoras; sus métodos iniciales y causas que desviaron de su finalidad. IN: *La lucha ant imperialista en Cuba*. La Habana, Instituto del Libro, 1976., 6.

<sup>17</sup> ROA, Raúl: *Retorno a la alborada*. Editora del Consejo Nacional de Universidades, Universidad Central de las Villas, 1964, t. II, 117-118.

<sup>18</sup> Ibid., 118-119.

<sup>19</sup> MARTÍ, José: *op. cit.*, t. I, 204 y 207-208.

<sup>20</sup> MARTÍ, José: *op. cit.*, t. I, 209-210.

<sup>21</sup> Ibid., 210-11

<sup>22</sup> GÓMEZ, Juan Gualberto: *op. cit.*, 7.

<sup>23</sup> FRANCO, José Luciano: *op. cit.*, t. III., 237.

<sup>24</sup> Cita: *Historia de la nación cubana*, t. VI, 424.

<sup>25</sup> *Ibid.*, 427.

<sup>26</sup> El primer incidente serio fue la exclusión de las tropas cubanas y al general Calixto García de la ceremonia de rendición de Santiago de Cuba. Después sucedieron muchos otros, p. e. el escándalo de la ceremonia funeraria de Calixto García en diciembre de 1898, la disolución del Ejército Libertador y la "Asamblea del Cerro", etc. El signo más temedero para los dirigentes cubanos fue que el gobierno de los Estados Unidos no reconocía como legal ni una autoridad cubana y no les invitaron a la conferencia de paz en París, tampoco.

<sup>27</sup> POUMIER, María: *op. cit.*, 187.

<sup>28</sup> *Historia de la nación cubana*, t. VI, 422.

<sup>29</sup> *Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. Memorias*. La Habana, 1976., t. I, 16.

<sup>30</sup> *Ibid.*: t. I, 16.

<sup>31</sup> *Ibid.*: t. I, 17.

<sup>32</sup> *Ibid.*: t. I, 16-17.

<sup>33</sup> *Ibid.*: t. II, 31.



**B 182786**